

ribera era mucha é bien armada, y resistían con gran esfuerzo, no pudieron excusar que don Florestan y sus compañeros no tomasen tierra, y luego asimesmo Dragónis é Palomir, con todos los suyos. Cuando Galdar esto vió, que los suyos perdían el campo, no pudiendo sufrir á sus contrarios, por estar ya muy apoderados, con gran ánimo y lo mejor que él pudo hizolos retraer porque todos no se perdiesen; que él estaba muy mal herido de la mano de don Florestan y de Brian de Monjaste, que lo derribó del caballo; é fué tan quebrantado, que apenas se podía tener en otro caballo que los suyos le dieron; é yéndose contra la villa, vió cómo el conde Latine se venía con toda su gente á mas andar, que ya le habían tomado el puerto don Galvanes é Agrájes y sus compañeros, como aquellos que á su causa la batalla se facia. E agora sabed aquí que el Conde había prendido á Dandasido, hijo del gigante viejo, é otros veinte hombres de la villa con él, teniéndolos por sospechosos que le habían de ser contrarios, los cuales estaban en el castillo, en una prision que era en la mas alta torre, é hombres que los guardaban; y como la batalla fué entre los caballeros, los carceleros que los tenían salieron encima de la torre por mirar la batalla; y cuando Dandasido vió que los no guardaban, é vió que tenía tiempo de se soltar, dijo á aquellos que con él estaban: «Ayudadme, y salgamos de aquí. —¿Cómo será eso? dijeron ellos. —Quebrantemos este candado desta cadena, que á todos tiene.»

Estonces con una gruesa sogá de cáñamo, con que de noche les ataban las manos é piés, metiéronla por el candado lo mas presto que pudieron, y con la gran fuerza de Dandasido y de todos los otros, quebráronle el ramo, aunque asaz grueso, é salieron todos, é muy presto tomando las espadas de los carceleros que encima de la torre estaban, como oído habeis, fueron á ellos, que en al no entendían sino en mirar la batalla que en los puertos se hacia, y matáronlos todos; é dieron grandes voces: «Armas, armas, por Madasima, nuestra señora.» Cuando los de la villa esto vieron, tomaron las torres mas fuertes de la villa, é mataban todos los que alcanzar podían. Cuando el conde Latine esto vió entró por la puerta que saliera é paró en una casa cerca della, é Galdar de Rascuil con él, que no osaron pasar adelante, atendiendo mas la muerte que la vida. Los de la villa trababan las calles de entre ellos y esforzábanse cuanto podían con aquel gran socorro, é daban voces á los de fuera que llegasen allí á su señora Madasima y que le entregasen la villa. Cuadragante é Angriote llegaron á una puerta por saber la verdad, é sabiendo de Dandasido el hecho como estaba, fuéronlo decir á don Galvanes, y luego cabalgaron todos, y llegaron á Madasima, su fermoso rostro descubierto, en un palafren blanco, vestida de un capete de oro; y llevándola cerca de la villa, abrieron las puertas, é salieron á ella cien hombres de los mas honrados é besáronle las manos, y ella les dijo: «Besadlas á mi señor é mi marido don Galvanes, que, despues de Dios, él me libró de la muerte y me ha hecho cobrar á vosotros, que sois mis naturales, é contra toda razon vos tenía perdidos; é á él tomad por señor, si á mí amais.» Entonces llegaron todos á don Galvanes, é hincados los hinojos en tierra, con pa-

labras muy humildes le besaron las manos, y él los recibió con buena voluntad é muy buen talante, gradeciéndoles é loándoles mucho la gran lealtad y el buen amor que á Madasima, su buena señora, habían tenido; y luego se metieron á la villa, donde llegó Dandasido, que muy honrado de Madasima y de todos aquellos señores fué. Esto así fecho, dijo Imosil de Borgoña: «Muy bien sería que de todos nuestros enemigos que aun en la villa están nos despachásemos.» Agrájes, el cual con muy gran saña encendido estaba, dijo: «Yo he mandado destrabar las calles; el despacho será que todos sean despachados, sin que ninguno de todos ellos vivo quede. —Señor, dijo Florestan, no deis á la ira ni saña tanto señorío sobre vos, que vos haga facer cosa que despues de apartada querríades mas presto ser muerto. —Bien vos dice, dijo don Cuadragante; baste que se metan todos en la prision de don Galvanes, vuestro tío, si alcanzar se puede, porque mayor reparo es de los vencedores tener vivos los vencidos que muertos, considerando las vueltas de la mudable é incierta fortuna; que así como á ellos, á los prosperados tornar en breve podría.»

Acordóse pues que Angriote de Estravaus é Gavarto de Val Temeroso fuesen á lo despachar; los cuales llegados á la parte donde el conde Latine é Galdar de Rascuil estaban, hallaron toda su gente muy mal parada, é á ellos mal heridos con gran dolor de sus ánimos, porque la cosa en tal estado contra ellos venido había; é sobre algunas razones entre ellos habidas, tovieron por bien de se poner en la voluntad é buena mesura de don Galvanes. Acabado pues esto, que la villa y el castillo enteramente fué en poder de Madasima y de sus valedores, con gran placer de todos ellos, otro día siguiente sopieron por nuevas cómo el rey Arban de Norgales é Gasquilan, rey de Suesa, con tres mill caballeros eran llegados al puerto de aquella insola, é cómo salían todos en tierra á gran priesa y enviaban la flota para que viandas les trajesen. En gran alteracion les puso esto, sabiendo la muchedumbre de la gente, y los suyos estar tan mal parados; pero, como hombres que vergüenza dudaban, acordándoseles de lo que Amadis les dijera, que sus cosas ficiesen con acuerdo; como quiera que el parecer de algunos fuese de salir á pelear con ellos, no lo hicieron fasta que todos reparados fuesen de sus llagas, é los caballos é armas en mejor disposition.

Así que, en esto quedando unos é otros, contará la historia de Amadis y de don Bruneo de Bonamar, que en la insola Firme quedado habían.

CAPITULO III.

De cómo Amadis preguntó á su amo don Gandáles nuevas de las cosas que pasó en la corte, y de allí se partieron él y sus compañeros para Gaula, y de las cosas que les avino de aventuras en una isla que arribaron, donde defendieron del peligro de la muerte á don Galaor, su hermano de Amadis, é al rey Cildadan del poder del gigante Madarque.

Despues que la flota partió de la insola Firme para la insola de Mongaza, como oído habeis, Amadis quedó en la insola Firme, é don Bruneo de Bonamar con él; é con la priesa de la partida, no tovo lugar de saber de su amo don Gandáles las cosas que pasó en la corte del

rey Lisuarte; é llamándolo aparte, paseándose por una huerta donde él posaba, quiso saber lo que pasara. Don Gandáles le dijo lo que en la Reina falló é con el amor que recibió su mensaje, y en cuánto lo tovo, é cómo le enviaba á rogar por la paz con el Rey; é asimesmo le contó lo que pasara con Oriana é Mabilia, é lo que ellas le respondieron, é dióle la carta que traía de Mabilia, por la cual sopo cómo había acrecentado en su linaje, dándole á entender que Oriana estaba preñada; todo lo oía Amadis con gran placer, aunque con mucha soledad de su señora, que su corazón no fallaba en ninguna cosa reposo ni descanso alguno; é así estovo solo en la torre de la huerta con gran pensamiento, cayéndole las lágrimas de sus ojos, que las faces le mojaban como hombre fuera de sentido; mas tornando en sí, fuese adonde don Bruneo andaba, é mandó á Gandalin que metiese las armas en una fusta é las de don Bruneo, é las otras cosas necesarias, porque en todo caso queria partir otro día para Gaula; esto se hizo luego, é venida la mañana, entraron en la mar con tiempo enderezado, é á las veces con contrario, é á los cinco días falláronse cabe una insola que les pareció muy poblada de árboles é tierra hermosa al parecer. Don Bruneo dijo: «¿Védes, Señor, qué hermosa tierra? —Tal me parece, dijo Amadis. —Pues paremos aquí, Señor, dijo don Bruneo, unos dos dias, é podrá ser que en ella fallemos algunas extrañas aventuras. —Así se haga,» dijo Amadis. Estonces mandaron al patron que acostase la galea á la tierra, que querían salir á ver aquella insola, que muy hermosa les parecia, y tambien para si algunas aventuras hallasen. «Dios vos guarde della, dijo el maestro de la nao. —¿Por qué? dijo Amadis. —Por vos guardar de la muerte, dijo él, ó de muy cruel prision; que sabed que esta es la insola Triste, donde es señor aquel muy bravo gigante Madarque, mas cruel é esquivo que en el mundo hay; é digovos que pasa de quince años que no entró en ella caballero ni dueña ni doncella que no fuesen muertos ó presos.» Cuando esto oyeron, mucho se maravillaron, é no con poco temor de acometer taj-aventura; mas, como ellos fuesen de tales corazones, y que el su oficio verdadero era quitar del mundo tan malas costumbres, no temiendo el peligro de sus vidas, mas que la gran vergüenza que dejándolo se les podría seguir, dijeron al maestre que en todo caso llegase la fusta á la tierra, lo cual muy á duro é casi por fuerza acabaron; é tomando sus armas y en sus caballos, solamente consigo llevando á Gandalin é á Lasindo, escudero de don Bruneo, entraron por la insola adelante, é mandaron aquellos sus escuderos que si fuesen acometidos de otros hombres que caballeros no fuesen, que les ayudasen como mejor pudiesen. Ellos dijeron que así lo harían.

Así andovieron una pieza hasta que fueron encima de la montaña, é vieron cerca de sí un castillo, que les pareció muy fuerte y fermoso, y fuéronse para allá por saber algunas nuevas del Gigante, y llegando cerca, oyeron tañer en la mas alta torre un cuerno tan bravamente, que todos aquellos valles hacia retañer. «Señor, dijo don Bruneo, aquel cuerno se tañe, segun dijo el maestre de la galea, cuando el Gigante sale á batalla; y esto es si los suyos no pueden vencer ó matar

algunos caballeros con que se combaten; y cuando él así sale es tan sañudo, que mata á todos los que halla, é aun algunas veces de los suyos. —Pues vamos adelante,» dijo Amadis. E no tardó mucho que oyeron muy gran ruido de mucha gente y de muy grandes golpes de lanzas y de espadas muy agudas é bien tajantes; é tomando todas sus armas, fueron todos para allá é vieron muy gran gente, que tenían cercados dos caballeros é dos escuderos que estaban á pié, que los caballos les habían muerto, y queríanlos matar, mas todos cuatro se defendían con las espadas tan bravamente, que era maravilla verlos; é Amadis vió venir des- contra ellos á Ardian el su enano, é como vió el escudo de Amadis, conociólo luego, é dijo á grandes voces: «¡Oh señor Amadis! socorred á vuestro hermano don Galaor, que lo matan, é á su amigo el rey Cildadan.» Cuando esto oyeron moviéronse al mas correr de sus caballos, juntos uno con otro; que don Bruneo á su poder á él ni á otro en tal menester no daría la ventaja; é yendo así, vieron venir á Madarque, el bravo gigante, que era señor de la insola, é venía en un gran caballo é armado de hojas de muy fuerte acero é loriga de muy gruesa malla, y en lugar de yelmo, una capellina gruesa é limpia y reluciente como espejo, y en su mano un muy fuerte venablo, tan pesado, que otro cualquier caballero ó persona que sea apenas é con gran trabajo lo podría levantar; é un escudo muy grande é pesado, y venía diciendo á grandes voces: «Tiradvos afuera, gente cativa, de poca gran, que no podeis matar dos caballeros lasos é sin poder como vos; tiradvos afuera, y dejaldos á este mi venablo que goce la sangre dellos.» ¡Oh, cómo Dios se venga de los injustos y se descontenta de los que la soberbia seguir quieren, y este orgullo y soberbio cuán presto es derrocado! Tú, letor, mira cuán por experiencia se vió en aquel Nembrot, que la torre de Babel edificó, que Babilonia se dice al presente, é otros que por Escritura decir podría, los cuales dejó por no dar causa á prolijidad.

Así conteció á Madarque en esta batalla. E Amadis, que todo lo oyó, en gran pavor fué puesto por le ver tan grande é tan desemejado, é acomendándose á Dios, dijo: «Agora es tiempo de ser socorrido de vos, mi buena señora Oriana.» E rogó á don Bruneo que firiere él en los otros caballeros; que él queria resistir al Gigante; é apretó la lanza so el brazo, é aguijó el caballo contra Madarque cuanto mas recio pudo, y encontróle tan fuertemente en el pecho, que por fuerza le hizo doblar sobre las ancas del caballo; y el Gigante, que apretó las riendas en la mano, tiró tan fuertemente, que hizo enarmonar el caballo; así que, cayó sobre él y le quebró la una pierna; y el caballo hobo sacada la una espalda, de manera que ninguno dellos se pudo levantar. Amadis, que así lo vió, puso mano á su espada é dió voces, diciendo: «A ellos, hermano Galaor; que yo soy Amadis, que os socorre.» E fué para ellos, é vió cómo don Bruneo había muerto de un encuentro por la garganta á un sobrino del Gigante, é con la espada hacia cosas extrañas, de que mucho se maravilló; é dió un golpe por cima del yelmo á otro caballero, que no le prestó el yelmo que le no cortase fasta el casco, é dió con él en el suelo. Galaor saltó

en el caballo, é no se quitó de cabe el rey Cildadan; mas llegó Gandalin é apeóse del suyo, é diólo al Rey, y él juntóse con los dos escuderos. Cuando todos cuatro fueron á caballo, allí podiérades ver las maravillas que hacian en derribar é matar cuantos delante se les paraban, é los escuderos por su parte hacian gran daño en la gente de pié; así que, en poco rato fueron todos los mas muertos y heridos, é los otros huyeron al castillo, con miedo de los bravos golpes que les veian dar, é los cuatro caballeros iban en pos dellos por los matar, hasta que llegaron á la puerta del castillo, que estaba cerrada, é no la habian de abrir fasta que el Gigante viniere; que así les era mandado é defendido; y los que huían, cuando se vieron sin remedio, los que á caballo estaban apeáronse, é todos juntos echaron las espadas de las manos, é fueron contra Amadís, que delante venia, é hincados los hinojos ante los piés de su caballo, le demandaron merced que los no matase, é trabáronle de la falda de la loriga por escapar de los otros que contra ellos venian. Amadís los amparó del rey Cildadan é don Galaor, que por el gran daño que dellos recibieran, á su grado no dejaron ninguno vivo; é tomó fianza dellos que farian lo que les él mandase.

Entonces se fueron donde el Gigante estaba muy desapoderado de su fuerza, que el caballo le yacia sobre la pierna quebrada, é tenía tan ahincado, que á pocas le saliera el alma. El rey Cildadan se apeó de su caballo, é mandó á los escuderos que le ayudasen, é trastornando el caballo, quedó el gigante mas libre dél é dejólo holgar; que aunque por su causa fueron llegados al punto de la muerte él é don Galaor, como habédes oído, no tenia en corazon de lo matar, no por él, que mala cosa é soberbia era, mas por amor de su hijo Gasquilan, rey de Suesa, que era muy buen caballero, á quien él amaba, é así lo rogó á Amadís que le no hiciese mal. Amadís gelo otorgó, y dijo al Gigante, que en mas acuerdo estaba: «Madarque, ya veis vuestra hacienda cómo está, é si quisierdes tomar mi consejo hacerte he vivir, é si no, la muerte es contigo.» El Gigante le dijo: «Buen caballero, pues en mí dejas la muerte é la vida, yo haré tu voluntad por vivir, y dello te haré fianza.» Amadís le dijo: «Pues lo que yo de tí quiero es que seas cristiano é mantengas tú é todos los tuyos esta ley, haciendo en este señorío iglesias é monesterios, y que sueltes todos los presos que tienes, y de aquí adelante que no mantengas esta mala costumbre que fasta aquí toviste.» El Gigante, que al tenia en el corazon, dijo, con miedo de la muerte: «Todo lo faré como lo mandais; que bien veo, segun mis fuerzas y de los míos con las de vosotros, que, si por mis pecados no, por otra cosa no podiera ser vencido, especialmente por un golpe solo, como lo fui, é si os plaguere, facedme llevar al castillo, é allí folgaréis y se hará lo que mandais.—Así se haga,» dijo Amadís. Estonces mandó llamar á sus hombres los que habia asegurado, é tomaron al Gigante, é lleváronlo al castillo, donde entró él é Amadís é sus compañeros; y desde que fueron desarmados abrazáronse muchas veces Amadís é don Galaor, llorando del placer que en se ver habian, y estovieron todos cuatro con mucho placer fasta que de parte del Gigante les dijeron que tenian aderezado

de comer, que ya era sazón. Amadís dijo que no comerian hasta que todos los presos allí fuesen venidos, porque delante dellos comiesen. «Eso luego se hará, dijeron los hombres del Gigante; que ya los ha mandadosoltar.» Estonces los hicieron venir, y eran ciento, en que habia treinta caballeros, y mas cuarenta dueñas é doncellas. Todos llegaron con mucha homildad á besar las manos á Amadís, diciéndole que les mandase lo que ficiesen. El les dijo: «Amigos, lo que á mí mas me placirá es que os vais á la reina Brisena y le digais cómo os envía el su caballero de la insola Firme, y que fallé á don Galaor, mi hermano, y besadle las manos por mí.» Ellos le dijeron que lo harian todo como lo mandaba, así aquello como todo lo otro en que le servir podiesen.

Luego se sentaron á comer, é fueron muy bien servidos de muchos manjares. Amadís mandó que diesen aquellos presos sus navíos, en que se fuesen, é así se fizo luego, é todos juntos tomaron la via de donde la reina Brisena estaba, por complir lo que les era mandado. Amadís é sus compañeros, despues que hobieron comido, entráronse en la cámara del Gigante por le ver, é hallaron que le curaba una gigante, su hermana, que se llamaba Andandona, la mas brava y esquiva que en el mundo habia. Esta nació quince años ante que Madarque, y ella le ayudó á criar; tenia todos los cabellos blancos é tan crespos, que los no podia peinar; era muy fea de rostro, que no semejaba sino diablo. Su grandeza era demasada, é su ligereza no habia caballo, por bravo que fuese, ni otra bestia cualquiera en que no cabalgase, é las amansaba. Tiraba con arce é con dardos tan recio é cierto, que mataba muchos osos, é leones y puercos, y de las pieles dellos andaba vestida todo lo mas del tiempo; albergaba en aquellas montañas por cazar las bestias fieras. Era muy enemiga de los cristianos é haciales mucho mal, é mucho mas lo fué dallí adelante, é lo hizo ser á su hermano Madarque, fasta que en la batalla que el rey Lisuarte hobo con el rey Arábigo é los otros reyes, que lo mató el rey Perion, así como adelante se dirá. Despues que aquellos caballeros estovieron una pieza con el Gigante, y él les prometió de se tornar cristiano, salieron á su aposentamiento, donde aquella noche albergaron, é otro dia entrando en sus navíos, tomaron la via de Gaula por un brazo de mar que de una parte y de otra cercado de grandes arboledas, en las cuales aquella endiablada gigante Andandona aguardando estaba por les hacer algun pesar; é como los vió dentro en el agua, decendióse por la cuesta ayuso hasta se poner sobre ellos encima de una peña, y escogió el mejor dardo de los que traía, sin que dellos vista fuese, é como tan cerca los vió, esgrimió el dardo, é lanzólo muy fuertemente, é dió á don Bruneo con él en la una pierna, que gela pasó, hasta dar en la galea, donde fué quebrado; é con la gran fuerza que puso, é la codicia de los ferir, fuéronsele los piés de la peña, é dió consigo en el agua tan gran caída, que no semejaba sino que cayera una torre; y aquellos que la miraban, é la vieron tan desemejada é vestida de cueros negros de osos, cuidaron verdaderamente que algun diablo era, y comenzáronse á santiguar é acomendarse á Dios, y luego

la vieron salir nadando tan recio, que era maravilla, é tirábanle con saetas y con arcos; mas ella se metió so el agua fasta que salió en salvo á la ribera, é al salir en tierra la hirieron Amadís y el rey Cildadan de sendas saetas por la una espalda; mas como salió fuera, comenzó de huir por las espesas matas. Así que, el rey Cildadan, que así la vió con las saetas hincadas, no pudo estar que no riese, é acorrieron á don Bruneo, haciéndole restañar la sangre y echándole en su cama; mas á poco rato la Giganta pareció encima de un otero, é comenzó á decir á muy grandes voces: «Si pensais que soy diablo, no lo creais; mas soy Andandona, que vos haré todo el mal que podiere, é no lo dejaré por afan ni trabajo que me avenga.» Y fuése corriendo por aquellas peñas con tanta ligereza, que no habia cosa que la alcanzar podiese; de lo cual fueron todos maravillados, que bien creian que de las feridas moriera. Estonces sopieron toda su hacienda de dos hombres de los presos, que Gandalin allí metiera en la galea para los llevar á Gaula, donde eran naturales; de que muy maravillados fueron, é si no fuera por don Bruneo, que muy ahincadamente les rogó que lo mas presto que ser podiese lo llevasen á algun lugar donde curado de aquella llaga fuese, querian volver á la insola é buscar por toda ella aquella endiablada gigante, é hacerla quemar.

Así fueron, como oís, hasta salir de aquella via, y entraron en la alta mar; é hablando en muchas cosas, como aquellos que de corazon se amaban, sin cautela ninguna. E Amadís les contó cómo era desavenido del rey Lisuarte, é todos sus amigos é parientes que en la corte estaban á su causa, é por cuál razon; y el casamiento de don Galvanes y de la muy hermosa Madasima; é cómo era ido con aquella gran flota á la insola de Mongaza para la haber de ganar, pues que de herencia le venia; é diciéndoles todos los caballeros que con él iban, y el deseo grande que de le ayudar llevaban. Cuando esto oyó don Galaor muy triste fué destas nuevas, é gran dolor su corazon sintió; que bien entendia los grandes males que se podian recrecer, y en gran cuidado fué puesto; porque, aunque su hermano Amadís, á quien él tanto amaba é tanto acatamiento debiese, fuese de la una parte, no pudo tanto con su corazon, que no otorgase de servir al rey Lisuarte, con quien él vivia, como adelante se dirá. Así que, en esto pensando, é acordándose cómo Amadís dél se habia partido de la insola Firme, apartándolo á un cabo de la nave, le dijo: «Señor hermano, ¿qué tan grave ni tan gran cosa os pudo ocurrir que no fuese mayor el deudo é amor de entre nosotros que así como de persona extraña de mí vos encobristes?—Buen hermano, dijo Amadís, pues la causa dello tovo tal fuerza de romper aquellas fuertes ataduras dese deudo y amor que decis, bien podeis creer que sería muy mas peligrosa que la mesma muerte, y ruégoos mucho que lo no querais esta vez saber.» Galaor, tornando en mejor semblante, que algo estaba sañudo, veyendo que todavía era su voluntad de se encobrir, se dejó dello, é hablaron en otras cosas.

Así andovieron cuatro dias navegando, en cabo de los cuales aportaron á una villa de Gaula que habia nombre Mostrol; é allí estaba á la sazón su padre el rey

Perion é la reina su madre, porque era puerto de mar descontra la Gran Bretaña, donde mejor podian saber nuevas de aquellos sus hijos. E como vieron la galea, enviaron á saber quién eran los que allí venian; y llegando el mensajero, mandó Amadís que le respondiesen que dijese al Rey cómo venia el rey Cildadan é don Bruneo de Bonamar; que de sí ni de su hermano no quiso que por estonces nada sopiesen. Cuando el rey Perion esto oyó fué mucho alegre, porque el rey Cildadan le diria nuevas de don Galaor; que Amadís le hizo saber cómo entrambos eran en casa de Urganda, é mandó cabalgar toda su compañía, é saliólos á recibir; que á don Bruneo amaba él mucho, porque habia estado algunas veces en su corte, é sabia que aguardaba á sus hijos. Amadís é don Galaor cabalgaron en sus caballos, ricamente vestidos, é fueron por otra parte al palacio de la Reina, é como á su aposentamiento llegaron, dijeron al portero: «Decid á la Reina que estan aquí dos caballeros de su linaje, que la quieren hablar.» La Reina mandó que entrasen, é como los vió, conoció á Amadís, é á don Galaor por él, que mucho se parecian, é no lo viera desde que el Gigante gelo hurtó, é dijo en una voz: «¡Ay, Virgen María! Señora, ¿y qué es esto, que mis hijos veo ante mí?» Y cerrándosele la palabra, cayó en el estrado como fuera de sentido; y ellos hincaron los hinojos y besáronle las manos muy humildosamente, é la Reina se decendió del estrado, é tomólos entre sus brazos, y llególos á sí, y besaba al uno é al otro muchas veces sin que se pudiesen hablar, hasta que entró su hermana Melicia, que la Reina los dejó porque la hablasen; que de su gran fermosura fueron mucho maravillados. ¿Quién podria contar el placer de aquella noble Reina en ver delante de sí aquellos caballeros sus hijos tan hermosos, considerando las grandes angustias y dolores de que siempre su ánimo atormentado era, sabiendo los peligros en que Amadís andaba, esperando de su vida ó muerte á ella venir lo semejante, é haber perdido por tal aventura á don Galaor cuando el Gigante gelo llevó, é viéndolo todo reparado con tanta honra, con tanta fama; por cierto ninguno podria bastar á lo decir, si no fuese ella ó otra que en lo semejante estoviese. Amadís dijo á la Reina: «Señora aquí traemos mal herido á don Bruneo de Bonamar; mandadle hacer honra como á uno de los mejores caballeros del mundo.—Hijo mio, dijo ella, así se hará porque lo quereis vos, é porque mucho nos ha servido; y cuando yo no le podiere ver, verlo ha vuestra hermana Melicia.—Así lo haced, señora hermana, dijo don Galaor, pues que sois doncella; que vos y todas las que lo sois le debeis honrar mucho, como aquel que las sirve é honra mas que otro alguno, é por muy bienaventurada se debe tener aquella que él ama, pues que sin entrevalo pudo ir so el arco encantado de los leales amadores, que fué cierta señal de la nunca haber errado.» Cuando Melicia esto oyó estremeciésele el corazon, que bien sabia que por ella fué acabada aquella aventura, y respondió como aquella que muy mesurada era, é dijo: «Señor, yo haré en ello lo mejor que podiere, é Dios haga su querer; esto faré porque lo mandais, y porque me dicen que es buen caballero y que mucho vos ama.»

Estando así la Reina con sus hijos, como ois, llegó el rey Perion y el rey Cildadan; é como lo vieron Amadís é Galaor, fueron á él, hincando los hinojos; cada uno le besó la una mano, y él los besó, viniéndole las lágrimas á los ojos del placer que en sí había. El rey Cildadan les dijo: «Buenos amigos, acuérdeseos de don Bruneo.» Estonces habiendo ya el rey Cildadan hablado á la Reina é á su hija, fueron todos juntos á don Bruneo, que lo traían de la galea caballeros en sus brazos por mandado del rey Perion, y posieronlo en un lecho asaz rico, en una cámara del aposentamiento de la Reina, que salía una finiestra della á una huerta de muchas rosas é flores.

Allí fué la Reina é su hija á lo ver, mostrando la Reina mucho sentimiento de su mal, y él, teniéndogelo en gran merced; y desde allí una pieza estovo, díjole: «Don Bruneo, yo vos veré lo mas que podiere, y cuando otra cosa me impidiere, será con vos Melicia, vuestra amiga, que vos curará de la herida.» El le besó las manos por ello, é la Reina se fué; é Melicia é las doncellas que la aguardaban quedaron allí; y ella se asentó delante de la cama, donde él podía muy bien ver el su hermoso rostro, que tan ledo le hacia, que si así lo pudiese tener, no desearía ser sano; porque aquella vista le curaba é sanaba otra llaga mas cruel é mas peligrosa para su vida. Ella le desató la herida, é violó grande; mas en estar abierta de ambas partes tovo esperanza de lo presto sanar, é díjole: «Don Bruneo, yo os cuido sanar desta llaga; mas es menester que me no salgais de mandado por ninguna guisa; que dello vos podria recrecer gran peligro.—Señora, dijo don Bruneo, nunca Dios quiera que de mandado vos salga; que cierto soy, si lo ficiere, que ninguno me podria poner consejo.» Esta palabra entendió ella á la fin que se dijo, mejor que ninguna de las doncellas que hí estaban. Estonces le puso un tal unguento en la pierna y en la herida, que le quitó todo lo mas de la hinchazon y dolor que tenia, é dióle de comer con aquellas sus muy hermosas manos, é díjole: «Asegad agora; que cuando tiempo fuere yo vos veré.» E saliendo de la cámara, encontró con Lasindo, escudero de don Bruneo, que sabia su hacienda de cómo se amaban, é díjole Melicia: «Lasindo, vos sois aquí mas conocido; demandad lo que á vuestro señor compliere.—Señora, dijo él, plega á Dios de le llegar á tiempo que vos sirva esta merced que le haceis.» E llegándose mas á ella, sin que lo oyesen, le dijo: «Señora, quien ha gana de guarecer á alguno hale de acorrer á la llaga mas peligrosa, do mayor cuita le viene; por Dios, Señora, habed dél merced, pues que tanto menester la tiene, no del mal que padece de la herida, mas de aquel que por vos con tanta cruera sufre é sostiene.» Cuando esto le oyó Melicia, díjole: «Amigo, á esto que veo porné yo remedio, si puedo; que de lo otro no sé ninguna cosa.—Señora, dijo él, conocido es á vos que las mortales cuitas é dolores que por vos pasa, tovieron tanta fuerza de le poner ante las imágenes de Apolidon é Grimanesa.—Lasindo, dijo ella, muchas veces acaece sanar las personas de tales dolencias como esta que dices que tu señor ha tenido, con la dilacion del tiempo, sin que otro remedio se les ponga; é así puede haber acaecido á tu señor, y

por esto no es menester demandar remedio para él á quien no gelo puede dar.» E dejándole, se fué á su madre, é como quiera que esta respuesta se le dijo por Lasindo á don Bruneo, no fué turbado; que creído tenía él tener ella lo contrario de aquello; antes muchas veces bendecia á la gigante Andandona porque le habia ferido, pues que con ella gozaba de aquel placer que sin él todo lo al del mundo le era gran pena é soledad.

Así como ois estaban en Gaula el rey Cildadan, é Amadís é Galaor con el rey Perion de Gaula, con mucho vicio é placer de todos ellos, é don Bruneo en guarda de aquella señora que él tanto amaba; é avino así: que un día, apartando don Galaor al Rey su padre é al rey Cildadan é á su hermano Amadís, les dijo: «Creído tengo yo, señores, que aunque mucho me trabajase, no podria fallar otros tres que me tanto amasen é mi honra quisiesen como vos, é por esta causa quiero que me deis consejo en aquello que, despues del ánima, en mas se debe tener, y esto es, que vos, señor hermano Amadís, me posistes con el rey Lisuarte, mandándome con mucha aficion que suyo fuese, é agora veyéndovos con él en tan gran rotura, sin ser yo despedido de su vivienda, ciertamente muy atormentado me hallo, porque si á vos acudiese, mi honra mucho menoscabada seria; é si á él, es para mí el estrago de la muerte pensar de ser en vuestro estorbo. Así que, buenos señores, poned remedio en esto mio, que lo propio vuestro es, y quered mas mi honra que la satisfacion de vuestras voluntades.» El rey Perion le dijo: «Fijo, no podeis vos errar en seguir á vuestro hermano contra un rey tan desconocido é tan desmesurado; que si con él quedastes, fué salvando la voluntad de Amadís, é con justa causa vos podeis dél despedir, pues que como enemigo quiere y procura destruir á vuestro linaje, que tanto le ha servido.» Don Galaor dijo: «Señor, esperanza tengo yo en Dios y en la vuestra merced, en quien yo mi honra pongo, que nunca por el mundo dirán que en tiempo de tal rotura y que tanto ha menester aquel rey mi servicio me despedí dél, no me habiendo antes despedido.—Buen hermano, dijo Amadís, como quiera que tanto obligados seamos de obedecer al mandamiento de nuestro padre y señor, sabiendo ser su discrecion tal, que muy mejor que nosotros lo sabriamos cumplir será lo que mandare; atreviéndome á su merced, digo que en tal sazón no seais apartado ni despedido de aquel rey, si no fuese con tal causa que sin prejuicio de ninguno hacer se pudiese; que en lo que entre él é mí toca no pueden ser ningunos caballeros de su parte tan fuertes, por fuertes que sean, que no lo sea mas el alto Señor que sabe los grandes servicios que yo le fice, y el mal galardón, sin le yo merecer, que dél hobe; y pues él es el juez, bien creo yo que dará á cada uno lo que merece.»

Nota razon con dos entendimientos: la una, referirlo á Dios, en quien es todo el poder; la otra, conociendo Amadís la gran aficion que su hermano tenia al servicio del rey Lisuarte, no lo tener en mucho. Determinado por todos que Galaor se fuese al rey Lisuarte, luego el rey Cildadan dijo contra Amadís é don Galaor: «Buenos amigos, vosotros sabeis la hacienda de mi batalla y de aquel rey Lisuarte, que por la bondad de vosotros

fué vencida, y me quitastes aquella gran gloria que yo é mi gente alcanzáramos; é tambien sabeis, señores, las posturas é firmezas que tengo prometidas, que son, que el que vencido fuese sirviese al otro en cierta manera; y pues mi fuerte ventura fué tal, que yo vencido fuese por vosotros, conviéndome complirlas, aunque á mi pesar sea, todos los dias de mi vida, y de la queja y pesar que desto mi corazón tiene anda siempre muy quebrantado; pero, como todas las cosas pospongamos por la honra, y la honra sea negar la propia voluntad por seguir aquello á que hombre es obligado, forzado me es de acudir aquel rey con el número de los caballeros que le prometí hasta que Dios quiera; é quiérome ir con don Galaor, que hoy saliendo de la misa me llegó una carta suya, llamándome que le acuda, como debo.» Con esto se despidieron de su habla, é otro día, despididos de la Reina é de su hija Melicia, entraron en una nave para pasar en la Gran Bretaña, donde sin entorevalgo alguno arribaron; é salidos en tierra, fueron derechamente donde sopieron que el rey Lisuarte era; el cual tenia muy gran saña de lo que á su gente aviniera en la insola de Mongaza, y el gran destrozo que sobre ellos fué; é acordó de no esperar la mucha gente que mandara llamar; antes ir con aquellos caballeros que mas presto se hallasen; é tres dias antes que en las barcas entrase, dijo á la Reina que tomase á Oriana, su hija, é dueñas é doncellas, porque queria ir á caza á la floresta é folgar allí con ellas; y ella así lo hizo, que otro día, llevando tiendas y lo que menester habian, partieron con mucho placer, y fueron aposentados en una vega cubierta de árboles que en la floresta estaba, é allí folgó el Rey aquel día; é hobo gran suma de venados é otras maneras de caza, con que hizo mucha fiesta á todos los que allí se hallaron. E cierto, como quiera que allí estaba, su corazón é pensamiento mas estaba puesto en el destrozo que sus gentes recibido habian en la isla; é pasada la fiesta é caza, fizo aderezar las cosas que habia menester para su pasaje.

CAPITULO IV.

Cómo el rey Cildadan é don Galaor, yendo su camino para la corte del rey Lisuarte, encontraron una dueña que traía un hermoso doncel acompañado de doce caballeros, é fuéles rogado por la dueña que suplicasen al Rey que lo armase caballero, lo cual fué hecho, y despues el mesmo Rey conoció ser su hijo.

Andando por sus jornadas el rey Cildadan é don Galaor donde el rey Lisuarte estaba, dijéronles cómo se aparejaba para pasar á la insola de Mongaza, é por esta causa se dieron prisa en su camino por llegar á tiempo de pasar con él, é acaeciéron que habiendo dormido en una floresta, al alba del día oyeron una campana que á misa tañía, y fueron allá para la oír; y entrando en la ermita, vieron doce escudos muy hermosos al derredor del altar, ricamente pintados, el campo cárdeno é los castillos de oro por él, y en medio dellos estaba un escudo blanco muy hermoso, orlado con oro é piedras preciosas, y desde que hicieron su oracion, preguntaron á unos escuderos que allí estaban cómo eran aquellos escudos, y ellos les dijeron que en ninguna manera lo podian decir, mas si iban á casa del rey Lisuarte, que cedo lo sabrian; y ellos así estando, vieron

venir por el corral los caballeros é con sendas doncellas por las mar el novel caballero hablando con muy moza; y él era de muy l apuesto; que á duro se hallaria Mucho se maravillaron el rey C ver hombre tan extraño, é bien tierra vernia, pues que en aquella hasta entonces hobo dél memoria; así pasaron hasta el altar, donde todos oyeron la misa, y desde que fué dicha, la dueña les preguntó si eran de casa del rey Lisuarte. «¿Por qué lo preguntais? dijeron ellos.—Porque querriamos, si os ploguiese, vuestra compañía; que el Rey está en aquesta floresta cerca de aquí con la Reina é muchas de sus compañías en tienda, cazando é holgando.—Pues ¿qué quereis de nosotros, dijeron ellos, que vuestro placer sea?—Queremos, dijo la dueña, por cortesía, que roguéis al Rey é á la Reina é á su hija Oriana que se lleguen aquí, é nos hagan á este escudero caballero; que él es tal, que merece bien toda la honra que le fuere hecha.—Dueña, dijeron ellos, muy de grado harémos esto que nos decís, y creemos que el Rey lo hará segun en todas las cosas es comedido y mesurado.» Entonces luego cabalgaron la dueña é las doncellas y ellos de consuno, y fuéronse poner en un otero que cerca del camino por donde el Rey habia de venir estaba; é no tardó mucho que le vieron venir, é á la Reina é su compañía, y el Rey venia delante, é vió las doncellas é los dos caballeros armados; y pensando que querian justar, mandó á don Grumedan, que con él venia, con treinta caballeros que le aguardaban, que fuese á ellos y les dijese que no se trabajasen de querer justar, sino que se viniesen para él. Don Grumedan se fué á ellos y el Rey se detuvo; é como el rey Cildadan é don Galaor vieron que se detenía, descendieron del otero con las doncellas, é fuéronse contra él. E cuando alguna pieza andovieron, conoció don Galaor á Grumedan, é dijo al rey Cildadan: «Señor, védes, allí viene uno de los buenos hombres del mundo.—¿Quién es? dijo el Rey.—Don Grumedan, dijo Galaor, aquel que tuvo la seña del rey Lisuarte en la batalla contra vos.—Eso podeis vos decir con verdad, dijo el Rey; que yo fui el que le trabé de la seña, é nunca de sus manos la pude sacar fasta que la asta quebró; é vile facer tanto en armas en mí y en los míos, que por ninguna guisa se la quisiera haber quebrado.»

Desde que se quitaron los yelmos porque los conociesen, é don Grumedan, que ya mas cerca era, conoció á don Galaor, é dijo en una voz alta como él habia manera de hablar: «Ay mi amigo don Galaor! vos seais tan bien venido como los ángeles del paraíso.» E fué cuanto mas pudo contra él, é como llegó díjole Galaor: «Señor don Grumedan, llegad al rey Cildadan.» Y él fué por le besar las manos, y el Rey lo recibió muy bien, é tornó luego á don Galaor, é abrazáronse muchas veces como aquellos que de corazón se amaban, é dijoles: «Señores, venid vuestro paso, é haré saber al Rey vuestra venida.» E partido dellos, llegó al Rey é díjole: «Señor, nuevas os traigo con que seréis alegre; que allí viene vuestro vasallo é amigo don Galaor, que vos nunca faltó en el tiempo del menester; y el otro es